MUJER, AMOR, CELOS Y MATRIMONIO VISTOS POR CERVANTES

El amor

Cervantes, como otros literatos de su época —siguiendo una tradición clásica —Plauto en especial— y medieval y que culmina entre nosotros en el Arcipreste de Talavera—, no pierde ocasión de presentar los defectos de la mujer. Lope de Vega, gran mujeriego (afirmó que había nacido para amar), no se quedó corto. Pero ello parece más tópico que otra cosa.

En la mujer suele ser más vivo el amar las grandezas y apetecer la mejoría de los estados (1). El cabrero hablaba de "la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y, finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos e intenciones" (2).

La mujer es de naturaleza frágil. En la novela "El curioso impertinente", interpolada en el *Quijote* (I. c. XXIII), Cervantes pone estas redondillas:

---

(1) *Persiles*, lib. IV c. v.
(2) *Quijote*, I. c. 51.

Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo,
que si hay Danaes en el mundo,
hay pluvias de oro también.

No es razonable. En la comedia *La casa de los celos*, jornada II:

LAUSO. *Eres mujer, y sigues tu costumbre.*
CLORI. *Sigo lo que es razón.*
LAUSO. *Será milagro*
hallarla en las mujeres...

Es de decisión equivocada. En el entremés *La guarda cuidadosa:*

Siempre escogen las mujeres
aquello que vale menos,
porque excede su mal gusto
a cualquier merecimiento...

Anselmo opina "que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, a esto de traerse bien y andar galanas" (3).

En *El gallardo español* (jornada I):

... cuán propio es de la mujer
tener extraño deseo.

(3) *Quijote*, I. c. XXXIII.

Culmina esta reseña de defectos —mucho más leve que en otros escritores —en un pasaje del *Quijote* (I, c. XXXIII): "Mira, amigo (advierte Lotario a Anselmo), que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en el ser virtuosa" (4).

Con todo, Cervantes suele ser indulgente con la mujer, incluso en la coima Maritornes, "porque, en efeto, se dice della que aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y dejos de cristiana" (5).

"No todas las mujeres son ingratas, mostrándome yo siquiera agradecida", exclama Leonisa en *El amante liberal.*

Los ojos verdes en las mujeres escaseaban; eran, como hoy diríamos, "aristocráticos". En el *Quijote* (II, cap. XI), el Caballero cree que los de Dulcinea "deben de ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas". Sancho le dice que tiene ojos de perlas; y Don Quijote no admite esta comparación, porque "ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama... y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas a los dientes".

En *La Gitanilla,* doña Clara encomia los ojos de Preciosa, y exclama: "¡Estos sí que son ojos de esmeraldas!" (6).

En *La Galatea,* Silveria es llamada por Cervantes "de los verdes ojos" (7). Y en su afición a los tales, hasta al listo y atrevido mozo Loaysa se los adjudica, al decir de una de las criadas del viejo Carrizales y su esposa Leonora, que, al ver al galán en el estrado, a la luz de la vela que portaba la dueña Marialonso, exclamó: "¡Ay que ojos tan grandes y tan rasga-

---

(4) Lo de que la mujer es animal imperfecto advierte Rodríguez Marín que no es de Cervantes, sino muy del tiempo viejo, y así anda en cien libros. Vid. Edic. de Clás. Cast. III, p. 192.

(5) *Quijote,* I. c. XVII.

(6) Edic. de Clásicos Castellanos, p, 25.

(7) Libro II. Bibl. de AA. EE. Rivad: I. 22-b.

dos; y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parece sino que son de esmeraldas!" (8).

Quevedo satirizó la moda de los ojos verdes en *Libro de todas las cosas y otras muchas más,* diciendo: "Ojos verdes y azules: parecen pájaras y no mujeres"; y en el romance *El basilisco,* insiste:

Ojos que matan, sin duda
serán negros como endrinas,
que los azules y verdes
huelen a pájara pinta.

Los ojos verdes pasaron de moda antes de salir a luz la segunda parte del *Quijote,* vencidos por los negros.

Las doncellas eran estrechamente guardadas y vigiladas. Ante Sancho Panza, gobernador de la Ínsula, comparece una que asegura que su madre la había tenido encerrada diez años. "En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto más que el sol del cielo de día, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mío, y de Pedro Pérez, el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mío. Este encerramiento y este negarme el salir de casa, siquiera a la iglesia, ha muchos días y meses que me trae muy desconsolada; quisiera yo ver el mundo, o, a lo menos, el pueblo donde nací..." Disfrazóse y salió de casa con su hermano, mas los detuvo la guarda; y el comentario del gobernador fué: "la doncella honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la mujer y la gallina, por andar se pierden aína; y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista" (9). Este parecer no dejaría de ser compartido por muchos. El clérigo tío de Marcela, guardaba a su sobrina "con mucho recato y mucho encerramiento" (I. c. XII).

---

(8) Rivad., 179-b.
(9) II. c. XLIX.

Pero la guarda cuidadosa no bastaba a evitar desagradables sorpresas. Recuérdese *El celoso extremeño*. El cabrero refiere que el padre de Leandra la guardaba " y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella que las del recato propio (I. c. LI). Muy cantada era la copla, tan glosada, "Madre, la mi madre...". Una dueña informaba a Don Quijote de "que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas, y hacen otros menjurjes tocantes a mujeres", y las más "oliscan a terceras" (II. c. XL).

Un remedio era el convento. Luscinda, habiendo faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese dónde se había ido, entróse en un monasterio "con voluntad de quedarse en él toda la vida si no la pudiese pasar con Cardenio" (I. c. XXXVI). El padre de Leandra, el mismo día que pareció "la llevó a encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinión en que su hija se puso" (I. c. LI). Claudia dijo a Roque Guinart "que querría irse a un monasterio donde era abadesa una tía suya, en el cual pensaba acabar la vida de otro mejor esposo y más eterno acompañada" (II, c. LX). El lacayo Tosilos no pudo casarse con la hija de la dueña Doña Rodríguez "porque la muchacha es ya monja" (II, c. LXVI).

Mujeres cervantinas

Cervantes creó en sus obras tipos femeninos que, aunque idealizados, serían trasuntos de la realidad. No están trazados con rasgos tan firmes como los que Lope o Tirso pusieron en los que llevaron a la escena. Pero los cervantinos, aun esquematizados, esbozados, han adquirido para la posteridad renombre inmortal, lo que no acontece con sus contemporáneos.

En las *Novelas ejemplares*, la desenvuelta Preciosa de *La Gitanilla*. Constanza de *La ilustre fregona*, "dura como un mármol, y zahareña como una villana de Sayago, y áspera como una hortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de

buen año..." Leocadia de *La fuerza de la sangre.* Leonora, de *El celoso extremeño,* que "andaba a lo igual con sus criadas, y se entremetía en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas y en otras niñerías, que mostraban la llaneza de su condición y la terneza de sus años".

Isabelita de *La española inglesa,* "maravilla de hermosura". Estefanía de *El casamiento engañoso,* no hermosa en extremo, "pero era de suerte que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma". Leonisa, de *El amante liberal.* La Argüello de *La ilustre fregona,* de hasta cuarenta y cinco años, "superintendente de las camas y aderezo de los aposentos", pizpireta y desenvuelta, como casi todas las que servían en posadas y mesones. La malvada dueña Marialonso de *El celoso extremeño.*

En el *Quijote,* Aldonza Lorenzo, las labradoras del Toboso, Teresa Panza, Sanchica, hasta las mozas alegres de la venta y la ruin Maritornes se transfiguran por virtud del arte cervantino. El libre albedrío de la pastora Marcela, el valeroso arranque de Zoraida, la flaqueza de Camila, justo castigo a su marido "el curioso impertinente"; los ocios y donaires de la Duquesa, la discreción y bizarría de Ana Félix; la gracia infantil de doña Clara; la pasión de Dorotea; el desenfado de Altisidora; la fidelidad de Luscinda, todos estos rasgos, y muchos más que, entre burlas y veras, trazó Cervantes en su novela inmortal, revelan cómo penetró en el alma de la mujer. No lejos de las mujeres apacibles, domésticas, sedentarias, como la esposa del discreto Caballero del Verde Gabán, el ama y la sobrina del Ingenioso Hidalgo, bullen las figuras inquietas y errantes de la hermosa morisca, Dorotea y las apasionadas Quiteria y Zoraida (10).

Cervantes, como otros autores, presenta en sus obras mujeres valerosas y arriesgadas, que por motivo de honra se lanzan a correr aventuras en hábito de varón. Así, en el *Quijote* Dorotea, huída por los montes en traje de pastor; la bizarra y graciosa aparición de Claudia Jerónima en demanda

(10) Cfr. Concha Espina: *Mujeres del Quijote.* Madrid, 1947. p. 14.

de Roque Guinart; la cautividad de la hermosa morisca Ana Félix; las dos doncellas en la novela de este título; la Margarita de la comedia *El gallardo español,* y el caso se repite en *El laberinto de amor* y en varios pasajes del *Persiles.*

El salir a escena las mujeres en traje varonil era corriente, como lo indica el licenciado Vidriera: "... Y muchas veces caía la suerte en que sirviese en ella a un paje y a un lacayo, que todas estas y más figuras suele hacer una farsanta" (11).

Margarita, de *El gallardo español,* en la jornada II refiere el motivo de su disfraz. Fuése a Orán acompañada de su ayo Vozmediano:

Nací en un lugar famoso
de los mejores de España,
de padres que fueron ricos
y de antigua y noble casta;
los cuales, como prudentes,
apenas mi edad temprana
dió muestras de entendimiento,
cuando me encierran y guardan
en un santo monasterio
de la virgen santa Clara...
No me encerraron mis padres
sino para la crianza,
y fué su intención que fuese
no monja, sino casada.
Faltáronme antes de tiempo;
que la inexorable Parca
cortó el hilo de sus vidas
para añadirlo a mis ansias.
Quedé con sólo un hermano,
de condición tan bizarra,
que parece que en él solo
hizo asiento la arrogancia.

(11) Rivad., 164-b.

Llegó la edad de casarme,
hiciéronle mis demandas
de mí; no acudió a ninguna,
fundándose en leves causas;
y entre los que me pidieron
fué uno que con la espada
satisfizo a la respuesta,
según se la dieron mala...
Vi que mi hermano aspiraba,
codicioso de mi hacienda,
a dejarme entre paredes,
medio viva y medio muerta.
Quise casarme yo misma;
mas no supe en qué manera,
ni con quién; que pocos años
en pocos casos aciertan.
Dejóme un viejo mi padre,
hidalgo y de intención buena,
con el cual me aconsejase
en mis burlas y en mis veras.
Comuniquéle mi intento;
respondióme que él quisiera
que el caballero que tuvo
con mi hermano la pendencia,
fuera aquel que me alcanzara
por su legítima prenda,
porque eran tales las suyas,
que por extremo se cuentan...
Enamorada de oídas
del caballero que dije,
me salí del monasterio,
y en traje de hombre vestíme.
Dejé el hermano y la patria,
y entre alegre y entre triste,
con mi consejero anciano
a la bella Italia vine...

En Nápoles se enteró de que su amado desconocido estaba en Orán, y acá se vino, donde aquél resultó ser el bravo don Fernando de Saavedra, "el gallardo español", y allí se desposaron, accediendo don Juan, hermano de Margarita, también presente.

Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, amigo de Roque Guinart tanto como enemigo de Clauquel Torrellas, que lo era también del famoso bandolero, aparece en el capítulo LX de la segunda parte del *Quijote* galopando a sus veinte años a toda furia, vestida "de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado, a la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada dorada, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a los lados". Refiere a Guinart su cuita, que no es otra que Vicente Torrellas, hijo de Clauquel, "vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme a hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, a quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante. Supe ayer que, olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba a desposarse..."

Menéndez Pelayo asegura que "con Montemayor penetró en la novela española el recurso dramático de disfrazar a una mujer ofendida o celosa en hábito de varón; tema que repitió Cervantes en la historia de Dorotea y en *Las dos doncellas,* y que también entró, como entraron todas las invenciones dramáticas posibles, en el inmenso río del teatro de Lope de Vega y sus discípulos. Esta situación es frecuentísima, sobre todo en las obras de Tirso, y sugiere a su malicia más situaciones y efectos cómicos que a ningún otro poeta. Shakespeare empleó el mismo dato en dos comedias, una de las cuales... parece derivada de Montemayor y no de Bandello" (12).

Al final de *Las dos doncellas,* Cervantes pretende justificar el disfraz varonil de sus heroínas: "... y si no se nombran,

(12) *Orígenes de la novela,* II (Madrid, 1943) p. 272.

es por guardar el decoro a las dos doncellas, a quien quizá las lenguas maldicientes, o neciamente escrupulosas, les harán cargo de la ligereza de sus deseos, y del súbito mudar de trajes: a los cuales ruego que no se arrojen a vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efeto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable, que hace el apetito a la razón" (13). Por lo demás, en *La española inglesa* reconoce que "por la mayor parte sea la condición de las mujeres ser prestas y determinadas" (14).

Junto a la Duquesa, noble y señoril hasta en sus chanzas, medra la turba de sus dueñas y doncellas socarronas; junto al claro cristal de Marcela el vidrio quebradizo de Camila. En todas estas mujeres predomina el sentimiento; viven casi todas para el amor, con más o menos decoro, como en el mundo sucede; pero en las altas y escogidas, en las cuales Cervantes puso mayor cariño y esmero, brillan a par de la ternura y la gracia los resplandores de la inteligencia, los rasgos firmes de la mujer ideal, fuerte y dulce, apasionada y honesta, inteligente y sensible, discreta y valerosa, amiga del hogar doméstico, pero capaz también de afrontar y resistir los más adversos y dolorosos trances, ya que la cobardía, si es baldón en los hombres, nunca fué virtud en las mujeres.

No todas las mujeres cervantinas llegan al punto de realidad humana que observamos en algunos ejemplares masculinos, aun descartando a Don Quijote y su escudero; pero esto acaso se explica por la vida misma del escritor, que si pudo conocer grandes y famosos varones, encabezados por el vencedor de Lepanto, poco o nada llegó a saber de las hembras ilustres de su tiempo, tan fecundo en inteligencias y caracteres femeninos. No ocurrió lo mismo con Lope de Vega.

Teresa Panza es ignorante, pero de ingenio agudo y natural, un poco codiciosa como buena aldeana. Sueña con el medro de Sanchica y Marisancha, mas tiene la sufiente perspi-

(13) Rivad., 210-b.
(14) Ibid; 153-a.

cacia para no dejarse alucinar por las fantasías que turban el cerebro de su marido. Y cuando éste regresa caído de su efímero gobierno, a ella no podrá serle extraña la aridez de la vida cotidiana en la aldea, en el áspero terruño manchego, con todos sus sacrificios.

El tipo femenino menos bello en el *Quijote* es la pastora Marcela, cruel enemiga de los hombres. Lo llevó después al teatro Lope de Vega en *La serrana de la Vera* y otras comedias. Simboliza la excelencia de la vocación de virgen sobre la de casada, pues el catolicismo advierte que si en el matrimonio se halla la perfección de estado, la castidad eleva a la criatura humana hasta los límites de la angélica jerarquía; y en esto difiere Marcela de las mujeres enemigas de los hombres del teatro lopista, que lo son por despecho o por venganza.

En el aspecto del sentimiento moral de la familia, son las figuras acaso más simpáticas la sobrina y el ama de gobierno del Ingenioso Hidalgo, las cuales, bondadosas y sumisas, padecen las consecuencias de la extraña locura de su señor, y convierten contra Sancho el resentimiento que no pueden manifestar a aquél. Siempre están propicias a recibirle y cuidarle con solicitud; y sintetizan, al concluir el libro, una de las enseñanzas que de éste se desprenden cuando el ama dice: "Mire, señor, tome mi consejo: estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres; y sobre mi ánima si mal le fuese" (15).

La mujer deshonesta no existe para Cervantes. Su espíritu selecto ve en la literatura una misión, algo de apostolado; sobre todo para apartar todo ejemplo que, colocado en el terreno del arte, no diese saludable enseñanza. Si, por ejemplo, Camila, en la novela del *Curioso Impertinente,* es culpable, considérese la situación en que la coloca su propio marido. Las restantes mujeres de Cervantes son encarnación del amor verdadero, que acaso él quiso oponer al idealismo enteco y ridículo de los caba-

(15) Cfr. N. de Paso y Delgado: *Las mujeres del Quijote,* en la revista *Cervantes,* núm. de 31 de octubre de 1876.

lleros andantes. Ello atañe a la parte más recóndita del pensamiento cervantino (16).

En *El celoso extremeño,* la joven esposa queda fascinada por el corrido seductor Loaysa, y sorprendida casi en flagrante delito. Lo trágico del desenlace sólo tendría valor y sentido si el crimen contra el deber y el honor hubiese sido cometido, y si la mujer hubiese incurrido verdaderamente en pecado de adulterio. Pero el novelista, con su delicadeza de sentimientos y su antipatía a todo naturalismo grosero, elude cuidadosamente las últimas consecuencias del argumento tan atrevidamente planeado. El viejo lega a la —para él— esposa infiel la mayor parte de su fortuna, y le ruega que después de su muerte se case con el galán a quien él cree que ella ama. Muere poco después a consecuencia del disgusto y de la desilusión sufrida. Su viuda ingresa en un convento. Y Cervantes termina así la novela: "Sólo no sé qué fué la causa que Leonora no puso más ahinco en disculparse y dar a entender a su celoso marido cuán limpia y sin ofensa había quedado en aquel suceso; pero la turbación le ató la lengua, y la priesa que se dió a morir su marido no dió lugar a su disculpa" (17). He aquí la delicada —artística diríamos mejor— conclusión de un novelista que quiso privar a su fábula del esperado desenlace antes que permitir que su mano contribuyera a convertir el adulterio consumado en punto central.

Leonora es una figura femenina absolutamente noble, víctima de la astuta seducción y de un malicioso engaño; lo contrario precisamente, en todos los detalles, de la Lorenza del entremés *El viejo celoso,* que cae en un embrollo semejante. Por su educación y sus antecedentes es la esposa honesta, casta, entregada al marido, a quien no ama por la enorme diferencia de edad, por puro sentimiento del deber; fiel, abnegada, típica representación —ha escrito Pfandl (18)— de aquella mitad del género humano de la época española de los

(16) Cfr. Rodolfo Renier: *Ariosto e Cervantes,* Florencia, 1878.
(17) Rivad., 183-b.
(18) *Historia de la literatura española en la edad de oro,* p. 340 y 341.

Habsburgos. En silencioso apartamiento soporta resignada la cadena del matrimonio según la tradición nacional, sabiendo que la conducta de su marido está de acuerdo con las costumbres y la ley. Pensar en el adulterio está tan lejos de ella como de un asesinato, y su culpa nace sólo del deseo momentáneo, ciertamente modesto, de oír al músico-cantor Loaysa, introducido en la casa fraudulentamente por la astucia de un criado, para sazonar con un poco de distracción la insipidez de su existencia. La culpa moral cae sobre ella sólo desde el momento en que consiente en adormecer con un narcótico al marido, bien ajeno a todo. Pero al principio resiste con decisión las tentaciones de la hipócrita dueña, y después lucha con el galán llorando y con sincera indignación. Y, al fin, le parece natural y lógica la expiación de su culpa, que motivó una catástrofe, y en el claustro sepulta su fracasada juventud.

En *La Galatea,* Cervantes difundió, acaso el primero, la doctrina platónica. Notemos su concordancia con Platón respecto de las armas y las letras, en el discurso de Don Quijote. En el libro I de *La Galatea,* en dos de las cuartetas del canto de Elicio al son de la Zampoña de Erastro, resume la conclusión del discurso que Platón pone en boca de Diótima en el *Banquete.* En el libro III, la respuesta de Elicio a Erastro cuando los desposorios de Daranio y Silveria, donde predomina esta idea: el verdadero amor es el amor del bien; el discurso de Diótima, donde expresa que el fin del amor "debe considerar la belleza del alma", y el de Damón en la fiesta poética por los desposorios de Daranio y Silveria, son muestras del platonismo de Cervantes, no menos que en el libro IV el diálogo entre Lenio y Tirsi. Aquél resume en su discurso cuanto en el *Banquete* dicen Pausanias, Erisimaco y Agatón, y deja " para el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias y cuyos bien sabidos estudios..." le han hecho tan nombrado, la parte de Sócrates (19). Su doctrina procede directamente de los *Diálogos de amor,* de León Hebreo (como en Lope de Vega), cuya primera parte parafrasea.

(19) Cfr. S. Sampere y Miquel: «Cervantes y Platón», en la revista *Cervantes,* p. 72.

Grande es la miseria de los enamorados, pues ningún apetito tiene tanto fuerza en nosotros como aquel que es solicitado "de las espuelas de amor". De ahí el contento inusitado del amante "cuando viene a conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, porque ¿qué persona habrá de juicio si no es el amante, que tenga a suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes de tan poco momento cual las considera un entendimiento apasionado?" (20).

Amor es tormento:

O le falta al Amor conocimiento,
o le sobra crueldad, o no es mi pena
igual a la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.
Pero si Amor es dios, es argumento
que nada ignora, y es razón muy buena
que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena
el terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto;
que tanto mal en tanto bien no cabe,
ni me viene del Cielo esta ruïna.
Presto habré de morir, que es lo más cierto:
que al mal de quien la causa no se sabe,
milagro es acertar la medicina (21).

En *La Galatea,* Cervantes opina que cuando los casos de amor se miran con ojos libres, son dignos de risa no menos que de compasión tantos desatinos como se ven en ellos; pero si el alma se prende en la sutil red amorosa, "allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio ser, que la memoria sólo sirve de tesorera y guardadora del objeto que los ojos miraron; y el entendimiento de escudriñar y conocer el valor de la que bien ama, y la voluntad de consentir de que la

(20) Rivad., 55 y 56.
(21) *Quijote,* p. 1.ª cap. XXIII.

memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen; y así los ojos ven como espejo de allende, que todas las cosas se les hacen mayores; ora crece la esperanza cuando son favorecidos, ora el temor cuando desechados" (22).

Sancho afirma, con su característica sorna, "que esto de morirse los enamorados es cosa de risa; bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas" (II, c. LXX).

El contenido amoroso del alma cervantina se manifiesta en el hecho de reunir en la venta a Cardenio y Luscinda, a Fernando y Dorotea, al capitán Viedma y Zoraida, a la hija del Oidor y su amante, convertido, por seguirla, en mozo de mulas. Para Cervantes no es obstáculo la diferencia de religión si en méritos del amor ha de enlazar al cautivo cristiano de Argel con la mora Zoraida, ya predispuesta para la conversión, y a la morisca Ana Félix con el piadoso don Gregorio, aunque para ello hayan de renunciar a familia, patria, religión y fortuna.

La honra no se ha de aventurar por el gusto. "No te aconsejo yo —dice Auristela a Sinforosa— que te deshonestes ni te precipites: que los favores que hacen las doncellas a los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero, con todo esto, puede mucho la discreción, y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, a los más turbados ofrece amor y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito" (23).

En la novela del Curioso impertinente (*Quijote,* I. c. XXXIV), la criada Leonela afirma que "el amor, según he oído decir, unas veces vuela, otras anda, con este corre y con aquel va despacio, a unos entibia y a otros abrasa, a unos hiere y a otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner cerco a una fortaleza, y a la noche la tiene rendida; porque no hay fuerza que le resista".

Don Quijote aconseja a Basilio, rival de Camacho, que,

---

(22) Lib. II. Rivad., 30-a Debe decir «espejo de allende», o de aumento, y no «de aliende», como pone. Vid. en la p. 112-a *La Gitanilla:* «antojos de allende».

(23) *Persiles,* lib. II, c. III.

con motivo de su matrimonio "dejase de ejercitar sus habilidades, que, aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese a granjear hacienda por medios lícitos e industriosos, que nunca faltan a los prudentes y aplicados, advirtiéndole que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad".

"El amor en los mozos, por la mayor parte, no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando a alcanzarle se acaba", dice Cervantes en el *Quijote*. Y añade que "así como Fernando gozó a la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos" (I, c. XXIV).

Los amores no caballerescos de la gran novela parece que sirven de contraste al del protagonista. La humanidad de esos amores no los despoja del carácter apasionado, y algunas veces romántico, que debía de agradar a los españoles. La moralidad del amor está conservada íntegra en su obra. Y merece notarse que el mismo Don Quijote hace calurosos panegíricos del matrimonio, cosa bien ajena al pensar de los antiguos caballeros andantes.

Los celos

¿Puede haber amor sin celos? Según Auristela, "aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasión del ánimo, como dicen, ya que no dé celos, puede dar temores que lleguen a quitar la vida, del cual temor a mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera" (24).

En la comedia *Pedro de Urdemalas* (jornada III), el rey afirma

que no hay celos sin locura.
REINA. *Y sin amor, señor mío,*
dijérais mucho mejor.

(24) *Persiles* lib. III, c. XIX.

REY. *Celos son rabia, y amor*
siempre della está vacío;
y de la causa que es buena
mal efecto no procede.

Hay en el libro III de *La Galatea* una larga consideración sobre los celos. Turban la paz amorosa, son cuchillos de las más firmes esperanzas, hipócritas y fementidos ladrones, "pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algún pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procurais usurparle el mando y señorío que tiene; y de aquí nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais a conocer que no sois el mesmo amor, todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados a los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras". Y en vista de la destrucción que causa en los pechos enamorados, conviene que sea esta dolencia traidora, astuta, revoltosa, chismera, antojadiza y aun mal criada. "Tiene más asimismo la fuerza deste crudo veneno: que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre".

No hay para los celos otra medicina que las disculpas, pero como el enfermo celoso no las admite, "síguese que esta enfermedad es sin remedio, y que a todas las demás debe anteponerse... No son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y también el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mismo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual sin llegar al escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas que le escurezcan el sol de su contento,

ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso; que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendría por soberbio y demasiadamente confiado; porque, como dice un común proverbio nuestro, quien bien ama, teme; y aun es razón que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, o a él le pareció serlo, no parezca lo mesmo a los ojos de quien la mirare; y por la mesma causa se engendra el amor en otro que pueda y venga a turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrían ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza; y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga a la lengua para decirle, ni aun a los ojos para significarle; y hace tan contrarios efetos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cría en ellos nuevos deseos de acrecentar más el amor si pudiesen de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados; y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y más es digno que los celos se vituperen" (25).

Cervantes distingue los celos del temor o cautela del enamorado.

Los celos son enfermedad que se pega al alma de tal manera, que sólo se despega con la vida. Espantosa dolencia, que nace en los pensamientos, "que suelen ser tan ligeros y sutiles que, como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos y ven lo más escondido de las almas" (26).

"La fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte y va a buscar al alma enamorada en los últimos trances de la vida" (27).

El amor no puede estar sin celos, "los cuales, cuando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, sirviendo de

(25) Rivad., 45-b, 46-a.
(26) *Persiles*, lib. I. c. XXIII.
(27) Ibid; lib. II, c. II.

espuelas a la voluntad, que, de puro confiada, se entibia, o, a lo menos, parece que se desmaya" (28).

Preciosa, refiriéndose a los celos de Andrés, dice: "Nunca los celos, a lo que imagino, dejan el entendimiento libre para que pueda jugar las cosas como ellas son: siempre miran los celosos con antojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades" (29).

He aquí otra definición de los celos:

Mas veslos, salen; advierte
que cuanto con ellos miras
amenazan triste suerte,
ciertos y luengos pesares,
y, al fin, desdichada muerte.
Todos sus secuaces son,
puestos en comparación,
de sus males una sombra,
que, puesto que no se asombra,
no desmaya el corazón.
Toca su mano, y verás
en el estado que quedas,
diferente del que estás,
y tal quedes, que no puedas
ni quieras ya querer más (30).

En *Viaje del Parnaso* alude a su conocido romance de los celos, como el que más estima:

A la entrada tiene puesto,
en una amarilla piedra,
huesos de muerto encajados
en modo que forman letras;
las cuales vistas del fuego

(28) Ibid; lib. II, cap. VI.
(29) *La Gitanilla*, Rivad., 112-a.
(30) *La casa de los celos*, jornada II.

que arroja de sí la cueva,
dicen: "Esta es la morada
de los celos y sospechas"... (31).

Son como dura lanza, "cuya punta se atreve a entrar por las del más agudo diamante; quiero decir, que los celos rompen toda seguridad y recato, aunque dél se armen los pechos enamorados" (32).

"Esta enfermedad que los amantes llaman celos —dice Arnaldo en *Persiles*—, que la llamaran mejor desesperación rabiosa, entran a la parte con ella la envidia y el menosprecio, y cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideración que la sosiegue ni remedio que la valga; y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son tan grandes, que, por lo menos, quitan el seso, y por lo más menos la vida; que mejor es al amante celoso el morir desesperado que vivir con celos; y el que fuere amante verdadero no ha de tener atrevimiento para pedir celos a la cosa amada; y puesto que llegue a tanta perfección que no los pida, no puede dejarlos de pedir a sí mismo, digo, a su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro, porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor al que las posee o al que las ama, de perderlas, y ésta es una pasión que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable" (33).

"Las musarañas de los celos, aunque no sea más de una y sea más pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo; y cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que a cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo."

"Ningún otro remedio tienen los celos que oír disculpas;

---

(31) Rivad., 711-a.
(32) *Persiles*, Rivad., 563-b.
(33) Lib. IV, c. IV.

y cuando éstas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida" (34).

"En los rufianes no engendra celos el desdén, sino el interés" (35).

En la comedia *El laberinto de amor* hay mujeres que hacen el amor a sus galanes. Máinez, en *Las comedias de Cervantes*, página 96, saca de ello una consecuencia exagerada. Asegura que Cervantes lo tomó de la realidad, y que él no tenía la culpa de que sus contemporáneos fuesen viciosos y disolutos. El encerramiento, la voluntad paterna no siempre acertada, y, por lo general, tiránica; la educación hipócrita que se daba a las jóvenes, las visitas nocturnas, y otras causas, influían para la perpetración de esos deslices y aventuras amorosas, excusados y autorizados con la misma sanción de los autores que tales acciones y hechos sacaban a escena.

Del mismo modo que Don Quijote conjuró al sol y la luna recordando a Dulcinea, las mujeres enamoradas y supersticiosas del tiempo de Cervantes hacían este conjuro (36).

Los amantes se cambiaban cintas o "listones" en prenda. En *La Galatea* escribe: "Dime, por tu vida, Lidia amiga: ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio?" (37).

Los buenos enamorados se decía que habían de encerrar las cuatro eses: ser solo, sabio, solícito y secreto. Así Luis Barahona de Soto en *Lágrimas de Angélica*, c. IV. La criada Leonela, de *El curioso impertinente*, afirma que el enamorado Lotario debe de tener "todo un ABC entero: si no escúchame, y verás cómo te lo digo de coro: Él es, según yo veo y a mí me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, honesto principal, quantioso, rico, y las SS que dicen, y luego tácito,

---

(34) *Persiles*, lib. IV, c. VIII.

(35) Ibid; lib. IV, c. XIII.

(36) V. la nota de Rodríguez Marín al cap. XLIII de la primera parte, en la edic. de Clás. Cast. IV, 133.

(37) Lib. I, Rivad., 13-b.

verdadero; la X no le cuadra, porque es letra áspera; la Y ya está dicha; la Z zelador de tu honra". Estos abecedarios de amor eran comunes entre enamorados.

Cervantes censura las canciones amorosas al uso, "aquellas que a cada paso llegan a mis oídos, llenas de simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos e intrincados, que osaré jurar que hay algunas que ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no menos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas a Cupido y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorío; y lo que más me cansa a mí de los que las hacen, es, que cuando hablan de amor, entienden de un no sé quién, que ellos llaman Cupido, que la mesma significación del nombre nos declara quién es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio". Aquí se contiene una alusión al estilo colorista de Fernando de Herrera y al grupo de poetas que refinan más aún el paso de Herrera al final del siglo XVI en que *La Galatea* fué publicada en Alcalá de Henares (1585) (38).

Las mozas casaderas recibían serenatas nocturnas de sus pretendientes, al estilo de la que dieron a Constanza en *La ilustre fregona* al son de arpa, vihuela y otros instrumentos, cantando los músicos mientras Constancica "se estaba durmiendo sin ningún cuidado" (39).

El matrimonio

Hay en *La Gitanilla* una linda definición del matrimonio a cargo de la protagonista ante su pretendiente: "Flor es la de la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse; cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquél la huele,

(38) Lib. IV, Rivad., 54-b.
(39) Rivad., 186-b, 187-a.

el otro la deshoja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace; si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar si no atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo, que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen" (40).

"Las obras que no se han de hacer más de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen; y el casamiento es una de las estas acciones, y así, es menester que se considere bien antes que se haga", afirma en *Persiles* (41).

Análogo concepto en *La fuerza de la sangre*: "Y pues el del matrimonio es nudo que no le desata si no la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados". Y en *La Gitanilla*: "La prenda que una vez comprada nadie se puede deshacer della sino con la muerte, bien es que haya tiempo y mucho para miralla y miralla, y ver en ella las faltas o las virtudes que tiene", dice Preciosa (42).

Interesan las reflexiones que Don Quijote hace a Basilio (II. c. XXII): "El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está a tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido".

Bella manera de describir las asechanzas de que eran, y son, víctimas las casadas hermosas: si son ricas constituyen el

(40) Rivad., 105-a.
(41) Lib. II, c. VI.
(42) Rivad., 110-a.

señuelo de los poderosos ("águilas reales y pájaros altaneros"), y si pobres, de hombres de mediana y baja estofa.

Y añade: "Opinión fué de no sé qué sabio, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería a dar consejo al que me lo pidiese, del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase más a la fama que a la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho más dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer a tu casa, fácil cosa sería conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo a otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso".

A estas consideraciones atinadísimas suceden, claro está, los donaires de Sancho: "... estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. —¿Tan mala es tu mujer?, dijo Don Quijote. —No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena; a lo menos no es tan buena como yo quisiera. —Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. —No nos debemos nada, respondió Sancho, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mismo Satanás".

Antes (II, c. V), Teresa Panza había advertido a su marido: "... mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada", es decir, casada con pobre que abarraganada con rico.

El rigor y recogimiento que en las costumbres de las doncellas se guardaba, solía dificultar el concierto voluntario de los matrimonios, y para vencer este obstáculo, interpornía sus buenos oficios el casamentero, personaje que por su voluntad acercaba a las partes, concertaba voluntades y aceleraba las

bodas, urdiendo, si era preciso, embelecos e hipérboles. Casamenteros, "gente la más maldita del mundo", al decir de Quevedo, no faltaban en ninguna de las clases sociales; pero quienes con más gusto ejercían este ministerio eran los frailes y las alcahuetas (43). En la novela *El casamiento engañoso,* doña Estefanía, después de ponderar sus habilidades caseras, manifiesta: "... aquí estoy moliente y corriente, sujeta a todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hal ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes" (44). Censura cervantina a estos intermediarios.

"En los casamientos graves y en todos, es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres" (45).

En *El amante liberal,* Leonisa habla así: "Si algún favor, ¡oh Ricardo!, imaginas que yo hice a Cornelio en el tiempo que tú andabas de mí enamorado y celoso, imagina que fué tan honesto, como guiado por la voluntad y orden de mis padres, que atentos a que le moviesen a ser mi esposo, permitían que se los diese..." (46).

La autoridad del padre, o del hermano en su caso, era incuestionable en punto al casamiento de las hijas o hermanas. Luscinda se casó con don Fernando, a pesar de constarle a su padre sus amores con Cardenio. Sin embargo, no faltarían casos como el del padre de Leandra, que dejaba a la voluntad de su hija "el escoger a su gusto"; y comenta Cervantes: "cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado; no digo yo que los dejen escoger en cosas ruínes y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan a su gusto" (47).

En *La fuerza de la sangre,* la madre de Rodolfo quiere casar a éste con una mujer a quien "lo que le falta de belleza

(43) Cfr. Amezúa: edic. de *El casamiento engañoso,* p. 389.
(44) Rivad., 223-b.
(45) *Persiles,* lib. IV, c. XIV,
(46) Rivad., 133-b.
(47) *Quijote,* I, c. LI.

le sobra de virtud: es noble y discreta y medianamente rica, y pues tu padre y yo te la hemos escogido, asegúrote que es la que te conviene". A la vista del retrato de la dama, Rodolfo protesta: "A la fe, señora y madre mía, justo es y bueno que los hijos obedezcan a sus padres en cuanto les mandaren; pero también es conveniente y mejor que los padres den a sus hijos el estado de que más gustaren; y pues el del matrimonio es ñudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados: la virtud, la nobleza, la discreción y los bienes de la fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel a quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, paréceme imposible: mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el sacramento del matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan; que si él falta cojea el matrimonio y desdice de su segunda intención; pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener a todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa y en la cama, pueda deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible; por vida de vuesa merced, madre mía, que me dé compañera que entretenga y no enfade; porque sin torcer a una o a otra parte, igualmente y por camino derecho llevemos ambos a dos el yugo donde el cielo nos pusiere" (48).

Este voto en pro de la libertad de elección de consorte está fundamentado en la fealdad de la mujer que sus padres pretenden darle por esposa, y envuelve ironía.

A pesar de sus reservas, Cervantes mantiene incólume el principio. Refiriéndose Don Quijote a Basilio (II, c. XIX), expresa: "Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba a decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la elección y jurisdicción a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben; y si a la

(48) Rivad., 170-b.

voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, a su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con el marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida; es un lazo, que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle".

En *La Gitanilla,* el paje Sancho refiere "que este caballero se enamoró de una doncella principal, a quien él escogiera de bonísima gana para su esposa, si no tuviera la voluntad sujeta como buen hijo a la de sus padres, que aspiraban a casarle más altamente; pero con todo eso la servía a hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar a la plaza sus deseos". Cuando se deshace el equívoco en la misma novela y se descubre la condición verdadera de Preciosa, los padres de su novio don Juan de Cárcamo "preguntáronla si tenía alguna afición a don Juan; respondió que no más de aquella que le obligaba a ser agradecida a quien se había querido humillar a ser gitano por ella; pero que ya no se extendería a más el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen", esto es, el corregidor y su mujer (49).

En *Persiles,* Constanza dice: "No por el suyo, sino por el parecer ajeno, ha de escoger la mujer el marido". Pero Flora afirma: "A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa;

(49) Rivad., 113-a. 117-b.

pero a mucho más las fuerzas del gusto". Y la hermosa Delcasir concluye: "Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena o la mala suerte, pero más sobre los casamientos" (50).

En *El casamiento engañoso*, Peralta pregunta a Campuzano si se casó, y al contestarle que sí, añade: "Sería por amores... y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecución del arrepentimiento". Comentando Amezúa este pasaje, dice que "amores" está aquí por devaneos, ligerezas juveniles, locuras, engaños y liviandades, que traen, más o menos forzosamente, las bodas, y que, por no ajustarse con el concierto y prudencia debidos, llevan mucho adelantado para hallar su castigo con la pena del arrepentimiento. En las Cortes de Madrid, de 1586 a 1588, los procuradores decían al rey: "Muchas doncellas principales y honestas son engañadas con promesas que los hombres les hacen de matrimonio de futuro, y muchos hijos desigualmente casados con deshonra de sus padres y linajes, por la fuerza que tienen semejantes palabras, que, de ordinario, como mozos, inconsiderada y clandestinamente dan". Estos eran los casamientos "por amores". (51).

Teresa Panza quería que cada uno casase con su igual, ateniéndose al refrán "cada oveja con su pareja" (52).

El casamiento con gente de la tierra era común entre los vascos. En la novela *La señora Cornelia*, los caballeros vizcaínos don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, estudiantes que deseaban cursar en Bolonia, intervienen eficazmente en toda la acción. Al terminar, el duque de Ferrara "les ofreció dos primas suyas por mujeres con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nación vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria; y que no por menosprecio, pues no era posible sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debía de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento".

Se daban casos reales de palabra de casamiento, efectua-

---

(50) Lib. IV, c. II.

(51) Edic. de *El casamiento engañoso* y *Coloquio de los perros*, p. 270 y 377.

(52) *Quijote*, II, c. XIX.

do después de mil vicisitudes, como el de Quiteria y Basilio (*Quijote*, II, c. XXI). Luis Zapata refiere uno como ocurrido, que trae Pellicer, quien añade: "Téngase presente el suceso de los Amantes de Teruel" (53).

Vicente Torrellas enamoró a Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, a espaldas de éste; "porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, a quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante..." (54).

En 1563, el Concilio de Trento prohibió los matrimonios clandestinos; pero Cervantes incluye casos en *Las dos doncellas*: "Diciendo esto se dejó abrazar, y le dió la mano, y don Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lágrimas, que el contento, a pesar de la pasada tristeza, sacaba de los ojos". "Dame esos brazos, respondió Ruperta, y verás, señor, cómo este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego es sencilla, pura y verdadera. Testigos fueron destos abrazos y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano, que habían entrado con las luces" (55).

Con ello se persigue un efecto novelístico. En otros casos, el matrimonio es eclesiástico. Así en *Persiles*: "Y estando ya el sacerdote a punto para darles las manos, y hacer las católicas ceremonias que se usan..." En la misma novela: "...tomó la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y con dos síes quedaron indubitablemente casados... Dos sacerdotes que se hallaron presentes dijeron que era válido el matrimonio, presupuesto que si con parecer de locos le habían comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habían confirmado" (56).

Al final de *La fuerza de la sangre* se pone: "... diciendo al cura que luego desposase a su hijo con Leocadia; él lo hizo ansí,

---

(53) Notas al *Quijote*, t. V, p. 388.
(54) *Quijote*, II, c. LX.
(55) Rivad., 209-b y 655-a, esta página en *Persiles*.
(56) Rivad., 606-a y 660-b.

que por haber sucedido este caso en tiempo cuando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio".

En *La Gitanilla,* las disposiciones de Trento sirven de ardid a la trama, para aplazar la condena de D. Juan de Cárcamo (57).

El labrador que se presenta ante Sancho, gobernador de la Insula: "...yo, por la misericordia de Dios, soy casado en paz y en haz de la Santa Iglesia católica romana". (II. c. XLVII).

Cervantes opinó "ser más acertado ajustarse las edades entre los que se casan; que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja a los de la mujer, o con algunos más, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo" (58).

Los primeros días de la luna de miel se llamaban "pan de la boda". Así, Campuzano en *El casamiento engañoso*: "Seis días gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruín en la del suegro rico..." (59).

Lotario, en la novela del *Curioso Impertinente,* entiende que el casado con mujer hermosa, "tanto cuidado había de tener qué amigos llevaba a su casa como en mirar con qué amigas su mujer conversaba; porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas ni estaciones —cosas que no todas veces las han de negar los maridos a sus mujeres—, se concierta y facilita en casa de la amiga o la parienta de quien más satisfacción se tiene". Y le convendría al casado un amigo discreto que le advirtiese de los descuidos de su proceder, con el fin de que por no enojar a su mujer dejase de advertirla que hiciese o dejase de hacer alguna cosa, lo cual, de hacerlo o no, le sería de honra o de vituperio. Pero es muy difícil hallar un amigo tan discreto y leal y verdadero" (60).

---

(57) Edic. Schevill-Bonilla, p. 127 y 130.
(58) *Persiles,* lib. III, c. XVI, Rivad., 653-a.
(59) Rivad., 123-b.
(60) *Quijote,* I, c. XXXIII.

Los bienes gananciales del matrimonio los menciona Cervantes en *El juez de los divorcios*. El vejete asegura: "En resolución, señores: yo soy el que muero en su poder, y ella es la que vive en el mío, porque es señora con mero mixto imperio de la hacienda que tengo". Y replica Mariana: "¿Hacienda vuestra? ¿Y qué hacienda tenéis vos que no la hayáis ganado con la que llevásteis en mi dote? Y son míos la mitad de los bienes gananciales, mal que os pese, y de ellos y de la dote, si me muriese ahora, no os dejaría valor de un maravedí, porque veáis el amor que os tengo".

Schevill y Bonilla (61) opinan que aquí hay alusión al testamento de la mujer de Cervantes doña Catalina de Salazar y Vozmediano, que legó la hacienda a su hermano, y a su marido el usufructo de un majuelo, y la cama en que muriese, y la ropa y muebles, "por el mucho amor y buena compañía que ambos hemos tenido". Acaso este "amor" fué semejante al de Mariana y el vejete.

Juzgando Klein (62) este entremés escribe que "tiene por moralidad la justificación del matrimonio y el mantener su subsistencia en todos los casos y condiciones". Motivo de toda la pieza es esta máxima que al final se canta:

Más vale el peor concierto
que no el divorcio mejor.

Tres problemas matrimoniales se presentan a resolución del juez: en el caso del vejete y Mariana, prevalece la diferencia de edad; en el soldado y doña Guiomar, las dificultades económicas, y en el cirujano y Minjaca la incompatibilidad de caracteres. Las tres mujeres ofrecen las mismas notas de acritud, descontento, neurastenia y habladuría. Estos tipos están trazados con humorismo pero con profundidad de observación de la vida íntima en los hogares de las clases media y baja, con hábil contraste de caracteres; pero dejando siempre a salvo

(61) Edic. de las obras, IV, p. 169.
(62) *Geschichte des spanischen Drama's*, II, p. 136.

las ventajas del concierto. Por eso, cuando al final de la pieza entran los músicos jubilosos y dicen al juez: "Señor juez: aquellos dos casados tan desavenidos que vuesa merced concertó, redujo y apaciguó el otro día, están esperando a vuesa merced con una gran fiesta en su casa, y por nosotros le envían a suplicar sea servido de hallarse en ella y honrarlos", el juez, complacido, acepta: "Eso haré yo de muy buena gana, y pluguiese a Dios que todos los presentes se apaciguasen como ellos".

Cotarelo Valledor (63) estima que en la pendencia del soldado y su mujer Guiomar, parece que se asiste a una disputa casera entre Cervantes y su esposa Catalina en los días de sus estrecheces en la Corte. Bonísima mujer, pero vulgar, que echa en cara a su consorte no hallar expediente para granjearse la vida; y aquel marido que no encuentra empleo por más que con ahinco lo busca, acudiendo, ocioso por fuerza, a los templos, a los corros de la Puerta de Guadalajara, en Madrid, y de mirón, por las tardes, en los garitos por ver si cae algún "barato". y por la noche sosiega en la cama componiendo versos, "podrá no ser trasunto del triste hogar de Miguel de Cervantes Saavedra, pero se le asemeja mucho".

Valbuena Prat (64) estima excesiva la tendencia a identificar a Cervantes con el soldado pobre y poeta. "Desde luego es en torno al soldado, ya en sus palabras, ya en las de su mujer, donde el cuadro de la vida madrileña: el mentidero, la holganza, la puente toledana, las casas de juego, se anima sobre el tono un poco soso que predomina en la sátira de la obra. La figura del ganapán —cuya mujer no aparece— interesa con su contacto amargo con la miseria picaresca".

Según doña Guiomar, su marido es un leño, "porque él no sabe cuál es su mano derecha, ni busca medios ni trazas para granjear un real con que ayude a sustentar su casa y familia.

---

(63) *El teatro de Cervantes*, p. 653.

(64) Prólogo al entremés, en la edic. Aguilar, p. 579.

El soldado alega, entre otras disculpas, que, como le ve pobre, "no me estima en el baile del rey Perico; y es lo peor, señor juez, que quiere que a trueco de la fidelidad que me guarda, le sufra y disimule millares de millares de impertinencias y desabrimientos que tiene". Tipo de mujer de moralidad común, que hace desusado mérito de su fidelidad conyugal para venderla a precio de una desaforada tolerancia de sus defectos, y aun de sus vicios, por parte de su esposo.

RICARDO DEL ARCO
Correspondiente de la Real Academia Española